

George Makari: *Soul Machine. The Invention of the Modern Mind*, Nueva York: W.W. Norton, 2015, 656 pp.

Este libro es un *tour de force* que traza la historia de “la invención de la mente moderna” a través de un viaje intelectual que ilumina nuestra comprensión contemporánea de lo que significa tener y perder una mente. Al explorar los antecedentes históricos de las investigaciones neurocientíficas actuales sobre la conciencia, Makari desentraña muchas de las complejidades detrás de nuestras concepciones sobre la personalidad, la salud mental y física y sobre el ser humano mismo. Si bien este libro será esclarecedor tanto para los médicos que abordan la patología en el cuerpo como para los psicoterapeutas que se centran en la mente, también será valioso para filósofos que consideran las dimensiones política, social y psicológica de los perennes debates en torno a la mente y el cuerpo. En la medida en que nos acercamos a una nueva era de inteligencia artificial e interconectividad digital, este estimulante y erudito relato es indispensable también para cualquier persona sensible a la relevancia de los problemas filosóficos sobre la conciencia para nuestra época.

I. De la máquina del alma al Cyborg

El título de Makari, *Soul Machine* (máquina del alma), resume en dos palabras la doble lectura del libro. Con la palabra “alma” nos transporta trescientos años atrás, a la pre-modernidad y al nacimiento de la cosmovisión científica moderna. El concepto de alma daba expresión a lo divino, al aspecto eterno del ser humano, articulando nuestra identificación proyectiva con los dioses y nombrando el aspecto más distintivo de la vida humana: aquel que nos vincula a un destino superior. En esa época, el alma era propiedad del *status quo* religioso y el poder de la Iglesia católica reinó sin oposición. Montada sobre la base de una fe ciega e irracional en la vida espiritual por sobre la muerte física, dirigió la vida mortal humana hacia la condena o la beatitud eterna, mientras regía sobre el destino de cada individuo.

Makari explora la confrontación entre la visión cristiana del mundo impuesta por la Iglesia católica y el creciente espíritu científico y humanista del siglo XVII. Al contar las historias de luchas políticas e intelectuales, *Soul Machine* rastrea la interacción vital y transformadora entre la antigua cosmovisión religiosa y el naturalismo secular que le sucedió. En esta línea, el libro examina las raíces de la Ilustración europea tal como apareció en las tradiciones británica, francesa y alemana. Con la erudición del historiador, el ojo agudo del filósofo y la curiosidad del detective por lo cotidiano, Makari



ofrece una fascinante exploración de las complejidades intelectuales, políticas, médicas e históricas inherentes a nuestra concepción contemporánea de la mente.

“Máquina”, la segunda palabra del título, resuena con el futuro o más bien con nuestro presente convulsionado, en el cual la mentalidad secular y científica enfrenta preguntas que esencialmente no está preparada para responder. No es solo la “máquina del alma” la que está en cuestión hoy en día, sino su transmutación en el siglo XXI en el *cyborg*, que podríamos llamar la “máquina del cuerpo”. Makari nos lleva directamente a la puerta de nuestra crisis actual, a los problemas perennes que enfrentamos hoy en nuevas e inéditas formas.

Para Makari, nuestra comprensión actual de la mente sigue siendo parcial debido a un olvido colectivo de la historia del concepto. Él se propone corregir esto recuperando “un linaje perdido, cuyos aspectos han sido descartados por mucho tiempo como vergonzosos, equivocados o irrelevantes ... [y cuya pérdida] ha llevado a debates empobrecidos y sesgados entre diferentes especialistas, sin ninguna explicación amplia e histórica de cómo surgió la mente moderna” (p. xii). Una comprensión más completa de la invención de la mente moderna puede permitirnos ver mejor lo que está en juego en los debates actuales sobre lo que algunos ya llaman nuestra era post-humana.

II. Mente y materia

La historia que cuenta Makari es acerca de cómo la noción de alma y su asociación con la religión y el más allá espiritual se transformaron, en los últimos tres siglos, en la noción de mente: un alma naturalizada que renuncia a cualquier pretensión de trascendencia sobrenatural. Makari comienza su narración anecdóticamente, con la llegada de Thomas Hobbes a Inglaterra el 29 de mayo de 1660, el día en que su antiguo alumno, el rey Carlos II, fue restaurado al trono. Por ese golpe de suerte, Hobbes se colocó en una posición poderosa entre el grupo de pensadores seculares que desafiarían la cosmovisión cristiana e iniciarían la revolución secular de la modernidad. Hobbes era un materialista que, junto con varios interlocutores franceses, previó “el uso de las matemáticas y otros métodos para crear una visión del mundo nueva, completa y unificada” (p. 10). Hobbes se convirtió en “un símbolo del tipo de la naciente tolerancia a la disidencia moderada y ‘racional’ que marcó a la Restauración de Inglaterra” (p. 4) y así comenzó la transformación en la conciencia occidental que conocemos como Ilustración. *Soul Machine* rastrea varios de los grandes debates que siguieron y forjaron el mundo moderno.

La cosmovisión mecanicista de Hobbes, al invadir la vida del alma que había sido considerada propiedad exclusiva de la Iglesia, amenazaba la autonomía de las creencias religiosas y desafiaba el dogma espiritual. Salvaguardar las bases del alma en la religión y al mismo tiempo permitir el progreso de la ciencia fue el objetivo de personas como Marin Mersenne, sacerdote jesuita francés que adoptó la máquina como modelo para entender la naturaleza. Si la naturaleza era solo materia en movimiento

mecánico, se seguía que el alma podía “quedar tranquila” frente a la amenaza de la ciencia, que no tenía nada que decir sobre ella. Como dice Makari, “los límites de la mecánica felizmente cedieron el paso a Dios” (p. 14).

Descartes consolidó el dualismo de Mersenne y estableció la metafísica que funda el paradigma de la modernidad. Su *cogito ergo sum* (pienso luego existo) identifica al indiscutible ser pensante con una fuerza de vida eterna, al tiempo que distingue a ambos del cuerpo material. Esta protección del alma de los alcances de la ciencia finalmente separó al hombre de la naturaleza y lo segregó del resto de la creación. Como dice Makari: “La emergencia de una mente reificada, un objeto que era una fuente natural de razón y ya no un sinónimo del alma sino, de maneras críticas, su opuesto... trastornó esas claras divisiones y creó nuevas posibilidades y ansiedades” (p. 150) y “Las viejas dicotomías de cuerpo y alma se convierten en el concurso de tres vías entre el cuerpo, el alma y la mente” (*ibid.*). Así, la mente ahora “[existe] en algún lugar entre el discurso científico con sus pre-requisitos de materialismo, mecanización y cuantificación, y los credos metafísicos de una esencia humana inmaterial” (*ibid.*).

John Locke, padre del liberalismo, propuso una concepción naturalista de la razón y la conciencia que permitía la noción de un alma y de vida eterna. Locke afirmó que toda la vida moral podía ser subsumida bajo la vida mental, abriendo así la puerta a un recuento puramente naturalista de la mente. Las “almas poseídas” se convirtieron en “ideas falsas, estados de conciencia perturbados o fragmentados, y seres problemáticos o defectuosos” (p. 119). La locura era ahora el resultado de “la conexión falsa de ideas” y se establecía cuando “los arenosos e inestables cimientos se convertían en principios infalibles y se reforzaban por el hábito” (p. 189). La cura para las creencias falsas consistía en el fomento de la libertad mental, aunque la moralidad ya no podía considerarse una cuestión metafísica, sino un asunto de “la ciencia natural de la vida interior” (p. 119).

Debido a sus compromisos católicos, Descartes no siguió estas ideas hasta sus últimas consecuencias. Fue Locke quien abrió el camino a una mente naturalista a gran escala y Gassendi quien, al participar en una abierta controversia con Descartes, ideó una ingeniosa mezcla de mecánica y atomismo hedonista que podía mantener separados los reinos espiritual y material. Gassendi reconoció un alma divina al mismo tiempo que postulaba un alma sensible común a las bestias y a los humanos que “realizaba tareas, todas frágiles e imperfectas, como la simple aprehensión, la inferencia y el juicio” (p. 33).

La lucha entre el Sr. Carne y el Sr. Espíritu –como se referían Gassendi y Descartes el uno al otro, respectivamente– marca el punto de partida de discusiones que seguirían por siglos. Con su noción de un alma sensible, Gassendi propuso que “de alguna manera, la materia podría pensar” (p. 33), poniendo así de cabeza a la cosmología religiosa tradicional. “El vasto imperio del alma”, escribe Makari, “se desbarató y, en la fragmentación resultante, sus partes se disputarían, se renombrarían y resurgirían de nuevas formas entre la ciencia y la ética, la materia y la sociedad” (p. 37).

III. Médicos del alma y médicos del cuerpo

Soul Machine ofrece una fascinante descripción de cómo los apasionados debates intelectuales sobre la mente y la materia afectaron tanto a la sociedad como a la religión y de cómo el progreso de la ciencia –particularmente en la práctica médica y en la aparición de la neurología y la genética– extendió y profundizó esos debates. Makari nos introduce a los diversos discursos y teorías y nos acompaña a través del ajetreo y el bullicio de las calles en ese momento (incluidas las peleas entre sectas, las fantasías sociales tejidas en torno a las prácticas de Franz Mesmer y su “magnetismo animal” y el terror político y malestar de la rebelión jacobina). Nos invita a conocer los mitos urbanos, las disputas sociales y los descubrimientos científicos que permitieron distinguir más claramente a la mente secular del alma en su sentido religioso. Por ejemplo, los estudios sobre el cerebro de Francis Willis (famoso por su tratamiento exitoso de Jorge III, relatado bellamente por Makari) y los experimentos de frenología de Franz Gall, todos ellos “descendientes de Hobbes y Gassendi, no de Descartes” (p. 451) que llevaron a la medicina galénica a un estado de crisis.

Makari nos conduce a través de las cambiantes percepciones y prácticas en el tratamiento de la patología humana, desde las enfermedades en el ámbito espiritual de la religión hasta la región material de la ciencia, “entre el pecado y los humores, el amor y la disfunción orgánica, la rabia celosa y las deformidades cerebrales” (p. 76). A medida que las divisiones clásicas entre las aficciones del alma y la enfermedad humoral comenzaron a desmoronarse, la tarea gnoseológica se convirtió en “[tratar] de discernir si la fuente de la enfermedad brotaba del alma o del cuerpo” (p. 76). Willis “metió sus manos en esa carne [el cerebro], no en el alma, por supuesto, sino en lo que existía tan cerca de ella” (p. 53) y redujo “el ánima, la ‘fuente sagrada de la vida’ a estallidos de ‘gotas de licor’” (p. 61). Con su *Anatomía del Cerebro* (*The Anatomy of the Brain*), Willis consolidó una visión mecánica y química del cerebro y los nervios, estableciendo un campo de estudio que eventualmente llamó “neurología”. Finalmente, fue posible establecer una ciencia del deseo, la voluntad, el pensamiento y la intención humana, incluidos sus trastornos y basada solamente en átomos y el movimiento mecánico.

La locura y su tratamiento se convirtieron en la fascinación de la época. Las enfermedades mentales ya no se entendían como problemas sobrenaturales que necesitaban un sacerdote, sino como enfermedades naturales tratables por un neurólogo o un psiquiatra, a quienes se llamaron “médicos del alma”. Makari narra los desacuerdos sobre las causas subyacentes de la locura, que incluían la inmoralidad, la falta de disciplina en la facultad de razonamiento y las sensibilidades desequilibradas, que continúan hasta nuestros días en debates solamente algo más matizados. En cualquier caso, el temor a la condena religiosa se convirtió en un temor a la locura y sus efectos sobre la libertad individual y la administración de la justicia.

Los principales pensadores que dirigen el desarrollo de la historia de Makari son Descartes, Hobbes, Locke y Kant. Kant llega cerca del final del relato, para salvar a la fe y a la trascendencia del alma de la invasión del conocimiento científico. Kant admitió un ser racional ilustrado “en ese mundo sin tiempo y sin espacio de las cosas en sí” (p. 408) para creer que el hombre era más que una máquina. El sistema crítico de Kant permitía defender la razón y, al mismo tiempo, preservar un espacio para la fe y el misterio.

El libro termina a principios del siglo XX con lo que Makari llama la segunda ola de mentalismo, en que se hizo cada vez más difícil salvar lo religioso en un mundo desacralizado. Los fisiólogos argumentaban a favor o en contra de la inseparabilidad de la materia y la mente, reafirmando las disputas perennes de su disciplina, pero en una nueva clave más materialista. Como observa Makari, “la modernidad se caracterizaría por estas concepciones contrapuestas de la naturaleza humana... estructuradas alrededor de líneas de fractura, como el problema mente-cuerpo, el problema naturaleza-cultura, libre albedrío versus determinismo y secularismo o fe” (p. 510).

Soul Machine deja en claro que la segregación que vivimos hoy entre la cultura humanista y la cultura científica resulta de esas mismas líneas de fractura que continúan generando las mismas tensiones. Quizás la lección aquí no sea la de una simple historia de progreso, sino la de la necesidad de reconocer en esa historia la naturaleza arquetípica de los problemas que genera nuestra existencia en tanto “centauros ontológicos”, es decir, en tanto animales cargados con la facultad de pensar.

Recibido: 09/01/2019

Aceptado: 05/02/2019

Victor J. Krebs

Pontificia Universidad Católica del Perú

Bibliografía

Makari, G., *Soul Machine. The Invention of the Modern Mind*, Nueva York: W.W. Norton, 2015.